

# Modernidad y 98 en Cuba: alternativas y contradicciones

**Pedro Pablo Rodríguez**

*Historiador. Centro de Estudios Martianos.*

Cuba fue probablemente uno de los primeros países hispanoamericanos, y de lo que hoy llamamos el Tercer mundo, en establecer un vínculo identificador de la modernidad con el modelo social estadounidense, al extremo de que —según avanzó el siglo pasado, y a diferencia de muchas de las naciones de la América española— las modernas sociedades europeas apenas fueron tomadas, en rigor, como los ejemplos por seguir.

El primer proyecto modernizador insular impuesto por la generación ilustrada de 1790 —la plantación esclavista— se basó, obviamente, en el estudio y asimilación de las experiencias coloniales británica y francesa en las Antillas, en el cuerpo teórico de la Ilustración francesa y en la incorporación del pensamiento mercantilista español coetáneo, para

---

Estos apuntes constituyen una primera y parcial reflexión acerca de los proyectos cubanos en torno a la modernidad hasta el presente, cuando no solo es imprescindible para asumirnos como nación en el mundo globalizado de hoy, sino cuando creo, además, que es asunto clave para el futuro del país. Convocado por *Temas*, ofrezco ahora un esquema de algunas de mis tesis, en el que conscientemente he evitado las citas y el desarrollo de una argumentación probatoria, así como el análisis de las circunstancias y coyunturas históricas. (P.P.R.)

aspirar, con gallarda osadía, a situar la Isla entre las naciones más adelantadas de su tiempo, como Francia y Gran Bretaña.

Desde entonces, en el pensamiento insular quedó establecido que España no podía ser modelo de modernidad para Cuba, dado su escaso desarrollo fabril y los remanentes del feudalismo en su vida y psicología social. En rigor, la generación ilustrada se propuso un proyecto sumamente ambicioso, que partió de una inteligente evaluación de la coyuntura favorable para introducir a la Isla en el centro del mercado mundial de entonces. Quizás el propósito sobrepasaba las posibilidades históricas a largo plazo, si —al menos— no era sometido a ajustes y reformas de fondo, como fue demostrando el decursar del tiempo. Pero tiene en su haber, incuestionablemente, el mérito de haber asumido el moderno espíritu optimista del maquinismo, el valor de la ciencia y el progreso social. Y aún más: se propuso un vuelco hacia adelante de la sociedad insular poniendo siempre en primer término sus intereses propios, no los de la metrópoli ni los de otros países.

Sabemos que el proyecto plantador de modernización provocó una sociedad desequilibrada

**La posición martiana ante los Estados Unidos procedió a rechazar las fuerzas y factores internos de ese país que propiciaban la expansión territorial y económica hacia los países del Sur; e insistió, una y otra vez, ante sus lectores latinoamericanos en que esa nación no podía ser el modelo a seguir.**

económica, racial y psicológicamente, y que a sus creadores les continuó una generación liberal escindida ya entre intelectuales y propietarios. Aquellos comenzaron por cuestionar seriamente el sistema político absolutista sobre el cual la generación ilustrada había levantado su riqueza, basada en el trabajo de los esclavos, y luego pasaron a objetar la trata negrera y la propia esclavitud. Mientras, los propietarios tendieron a continuar fieles a la Corona con tal de mantener sus riquezas gracias a sus esclavos.

Sin embargo, en ambos sectores, de manera creciente y continua, la república norteamericana se fue convirtiendo en el horizonte común. La intelectualidad liberal se fue entusiasmando con el sistema político basado en el ejercicio de la democracia electoral, lo que, a su juicio, explicaba la estabilidad social y política del país del Norte en comparación con la América hispana, dividida y caudillesca. Por otra parte, mientras aumentaban las relaciones económicas entre Cuba y los Estados Unidos, la sacarocracia se iba interesando no solo por aquel mercado, sino por preparar allí mismo los cuadros que condujesen sus negocios.

Mientras en el decenio de los años 20 solo una pequeña minoría de exiliados, enemigos del absolutismo, residía en los Estados Unidos, para los años 40 era frecuente que la gente pudiente enviara algunos de sus hijos a estudiar ingeniería o comercio al vecino norteamericano. De este modo, los Estados Unidos devenían un importante mercado consumidor de las producciones agrícolas de los terratenientes cubanos, a la vez que modelo de eficiencia y de desarrollo mercantil, industrial y tecnológico; aunque hasta mediados del siglo, Gran Bretaña y Francia —y en alguna medida, Alemania— continuaron siendo los modelos de desarrollo, mientras que la España desgarrada por las discordias internas seguía viéndose como un país a la zaga de la propia colonia.

La esclavitud, sin embargo, fue el gran estigma de la sociedad norteamericana, durante mucho tiempo, para los liberales cubanos, aunque el mantenimiento de esta institución en Cuba, ante las presiones británicas sobre España, inspiró al mismo tiempo, en buena medida, el movimiento anexionista, también de orientación conceptual liberal.

## El fracaso del proyecto ilustrado

La crisis de la plantación esclavista, prevista desde los años 30 por los más lúcidos estudiosos de la realidad colonial, y su inexorable materialización progresiva entre los 40 y los 60, provocó en el plano de las ideas y de los proyectos sociales una aguda confrontación de puntos de vista y de tendencias, los que, desde el lado de los sectores dominantes en la Colonia, buscaban salvar la esclavitud como institución. Tal intención no solo impidió que las clases pudientes se comprometieran en un movimiento independentista —temerosas de que la guerra con la metrópoli significase la libertad de los esclavos y su virtual ruina— sino que, con el mismo argumento, tampoco secundaron las acciones armadas anexionistas. Por eso, bajo el lenguaje de la reforma, se protagonizó un largo enfrentamiento con los representantes de la Corona y los sectores comerciantes en ascenso, en torno al control del poder en la Isla.

Pero si la generación ilustrada logró imponerle un pacto, con sus condiciones, a la monarquía absolutista, según corrió el siglo los terratenientes perdieron su influencia ante los capitanes generales parejamente al deterioro de su hegemonía económica.

La abolición de la esclavitud en Norteamérica, con la Guerra de Secesión, conmovió la atenta mirada de los liberales cubanos, e incluso levantó las esperanzas de los patriotas, durante los primeros tiempos de la Guerra de los Diez Años, en los beneficios de la anexión o de la independencia asegurada por los Estados Unidos.

Esas posturas evidencian, en el plano político, la creciente toma de conciencia acerca de la necesidad en que se hallaba la Isla de disponer de un nuevo proyecto social, verdaderamente alternativo al puesto en marcha por los ilustrados. El de estos, sin dudas exitoso en un primer momento, fracasó, no obstante, en el largo momento histórico. No se creó el país moderno, burgués, sino que se formó una aristocracia enriquecida merced a la esclavitud, soberbia e ilustrada, capaz de conocer, desear y asimilar buena parte del modo de vida y de la mentalidad modernos; pero cuyos descendientes inmediatos no pudieron sostener tal

sistema de vida ni reformarlo decididamente, so pena de perderlo todo en el corto plazo. No sería errado afirmar, inclusive, que el proyecto plantador se desvirtuó en sus afanes por lograr la modernidad plena, al ponerse en acción en la práctica social, y esta terminó por impedirle alcanzar sus propósitos de progreso y desarrollo. El proyecto ilustrado nos introdujo, pues —sin que ello fuera el propósito de sus impulsores—, en una modernidad a medias, inconsecuente, epidérmica y demasiado expuesta a los embates y decisiones de los grandes centros de poder internacional.

### Tres décadas, dos proyectos

Los treinta años que corren entre 1868 y 1898 marcan la época de germinación y exposición de los dos proyectos —el dependiente y el de liberación nacional— que se disputarían las mentes y los corazones de los cubanos durante todo ese período, aspirando ambos a remodelar la sociedad cubana que consideraban en crisis. Para los dos, tal crisis era expresión, sobre todo, de la presencia determinante de rasgos premodernos en la sociedad insular, básicamente la esclavitud como sistema de trabajo y el absolutismo como sistema político. Por eso, ambos proyectos coincidieron en manifestar explícitamente la voluntad de asumir una modernización del país, solo que desde perspectivas y con objetivos bien diferentes; tanto, que pueden calificarse de antitéticos.

El proyecto dependiente en verdad se gestaba desde antes de la Guerra Grande. Su propósito central era lograr el desarrollo capitalista circunscribiéndolo al sector exportador de azúcar, y acaso también al del tabaco. Quedaron atrás las ambiciones de convertir a Cuba en una más entre las grandes naciones de ese tiempo: la aspiración era asegurar la continuidad de los mercados para las tradicionales producciones cubanas y que estas promovieran la inserción del país en las relaciones internacionales de entonces. Pero parecía ya tan inalcanzable el introducirse como protagonista en la revolución científica y técnica que caracterizó los decenios finiseculares, que la pretensión se redujo simplemente a servirse de aquella como meros consumidores. Qué decir entonces del acelerado proceso de maquinización industrial, cuando en Cuba únicamente se pretendía su práctica mediante la conversión del ingenio en central, sin transformar las técnicas agrícolas y mediante el sostenimiento del sistema plantador en cuanto al uso de la fuerza de trabajo manual. Más aún: al reducirse el sentido de progreso al afán de asimilar lo de fuera —mercancías e ideas—, se fue dejando de lado la pretensión de

introducirse en él por derecho propio y aportando caudal propio.

No es casual que fuera entonces cuando se creó aquel *slogan* tan repetido, y vigente de algún modo: «sin azúcar no hay país».

Si la ciencia cubana de entonces aportó más de un resultado notable y más de un investigador a la posteridad, ello fue la secuela de los altos niveles de conocimiento alcanzados por la intelectualidad precedente y de la tradición de un ambiente cultural propio de un país de alto desarrollo, pero en modo alguno obedeció a las intenciones y acciones promovidas por los gestores del proyecto dependiente.

Este proyecto fue formulado y expuesto sistemáticamente —aunque no solo— por los autonomistas, cuya plana mayor la constituía una pléyade de talentos con información actualizada. Esa dirigencia, bien activa en la política y en la vida pública cubana hasta 1898 —e incluso después de esa fecha, ya desaparecido el Partido—, sostuvo el evolucionismo a partir de Hegel, el positivismo comtiano y hasta el darwinismo social; se proclamó heredera de las tradiciones nacionales creadas durante la Guerra de los Diez Años, y manifestó una psicología criolla, de raigambre y sabor hispánicos. Pero, al mismo tiempo, depositó todas las coordenadas y variables de su proyecto en los Estados Unidos, modelo deseado —pero inalcanzable, en su opinión— para la práctica histórica cubana.

Más de una vez me he preguntado, leyendo a los autonomistas, hasta dónde el talento y el conocimiento pueden darse la mano con la ingenuidad, o si aquellos estuvieron presididos por un realismo conformista. Admito la sinceridad de su aspiración a representar la identidad cubana, pero de cualquier forma, siempre me pregunto si no se percataron de qué manera su proyecto integraba a la sociedad cubana dentro de la norteamericana; tanto, que los acercaba demasiado a los anexionistas, a los cuales rechazaban.

El verdadero proyecto dependiente lo expuso Rafael Montoro cuando defendió la firma de un tratado de reciprocidad comercial entre España y los Estados Unidos, con los mismos argumentos que luego usaría en el Senado cubano para sostener su voto favorable al que el vecino del norte le impuso a la joven república, en 1903. Ahí está expresado el rumbo, el sentido de la sociedad cubana, para el orador y quizás hasta el político más brillante del autonomismo. Se trata de que el fin de Cuba es disfrutar de la modernidad emitida desde su polo superior y de más prometedor futuro —los Estados Unidos— mediante la conversión de la Isla en su abastecedora de azúcar. Asegurar aquel mercado y aquel abastecedor es el *quid*. Nada más... y nada menos. Ese sería el único futuro prometedor ofrecido al país:

no ya el dominio colonial español —que, en verdad, los autonomistas no cuestionaron, aunque lo sometieran a continuada crítica—, sino las bases de una nueva dominación, tan moderna, tan novedosa, que se basaba en el control de las fuentes productivas del país. Y no se me diga, en su favor, que los autonomistas no tuvieron como meta, antes de 1902, la dominación de los Estados Unidos sobre Cuba, pues desde los años 80 más de un estadista peninsular comprendió que se hacía insostenible e inviable la relación de Cuba con España ante la influencia creciente de los Estados Unidos en la Isla.

No es este el momento para analizar a fondo de dónde surgía este conformismo, esta aceptación de una posición marginal, tan contrastante con el optimismo altanero de los ilustrados. Pero no puedo dejar de anotar la diferencia entre un grupo de poder que un siglo antes lideraba una clase en ascenso y los autonomistas, expresión política de sectores propietarios que se veían desplazados del poder económico y del político en la Colonia, y que aceptaron las bases que irremediablemente los situaban en esa posición secundaria. (Es curioso que si descontamos los escasos meses del gobierno autonómico de 1898, buena parte de los autonomistas solo fueron hombres de gobierno durante la República). En consecuencia, su evolucionismo filosófico fundamentaba tanto su reformismo frente a España como su conformismo ante la inevitable y fatal atracción hacia la órbita estadounidense.

Por eso, al instaurarse la República, los autonomistas fueron sumados o se incluyeron de modo natural al carro del proyecto dependiente asumido por la burguesía dominante, con el impulso de los sectores gubernamentales y del capital monopolista de los Estados Unidos.

## **El proyecto martiano. Síntesis de la experiencia de modernidad cubana**

El proyecto de liberación nacional fue planteado de modo explícito y sistemático por José Martí. Pero su génesis y sus fuentes arrancan de mucho antes: desde los intentos independentistas de inicios de siglo propiciados por sectores populares, pasando por la prédica y la acción patriótica de los jóvenes liberales de los 20, destacadamente de Félix Varela; y sobre todo, por supuesto, por las luchas armadas en favor de la independencia. La gestación del proyecto fue larga porque sus agentes —los sectores populares— no eran una clase social definida, ni disponían de una intelectualidad orgánicamente propia.

El proyecto concretado en el ideario de Martí, ideólogo y líder al mismo tiempo de la corriente independentista, quien se propuso, con plena conciencia, la asimilación de las tradiciones críticas, intelectuales y armadas frente a la sociedad plantadora, e inclusive del sentido o de la pretensión de autoctonía ínsito al proyecto ilustrado, y de sus contribuciones a la formación de la conciencia nacional. El proyecto republicano de Martí resulta en verdad alternativo al ilustrado y al dependiente: se trata de una síntesis de la experiencia de modernidad cubana puesta, en esta ocasión, bajo el prisma de las clases populares y hallando la bisagra entre los variados intereses de las mismas. Paralelamente, Martí se sitúa con osadía ante los retos que planteaba la modernidad finisecular, con la voluntad de inscribirse dentro de ella.

Tal proyecto buscaba sustentar la república por fundar sobre la base del pequeño campesino, como garantía del equilibrio social, al desconcentrar la distribución de la tierra y ampliar un mercado consumidor interno con diversificación agrícola y una industria productora con materias primas nacionales. Los mercados exteriores debían también diversificarse y las relaciones internacionales de la Isla incitarían a una mayor presencia de las potencias europeas para así compensar el poderío creciente de los Estados Unidos.

Se trataba de armonizar el equilibrio interior y contribuir a mantenerlo en el mundo, sin que la balanza se inclinase hacia la hegemonía de alguna potencia para impedir, en particular, la expansión de los Estados Unidos por las Antillas y Centroamérica. Por eso, el proyecto se completaba con el impulso a la cooperación entre las repúblicas latinoamericanas, dados los elementos de identidad común entre las de habla española.

Por tanto, el proyecto martiano iba más allá de los límites que se imponían las reformas liberales vigentes entonces en Hispanoamérica; su república «con todos y para el bien de todos», no podría ser de exclusiones internas, en primer lugar de los tradicionalmente excluidos: los sectores populares. Por tanto, la modernización cubana y latinoamericana que se proponía Martí pasaba por la justicia social efectiva, y trataba de aprovechar el proceso modernizador de entonces en función de las grandes mayorías. De ahí, pues, su autoctonía, asunto que Martí enfatizó tanto, al rechazar la aceptación acrítica de modelos ajenos.

En consecuencia, la posición martiana ante los Estados Unidos procedió a rechazar las fuerzas y factores internos de ese país que propiciaban la expansión territorial y económica hacia los países del Sur; e insistió, una y otra vez, ante sus lectores latinoamericanos en que esa nación no podía ser el modelo a seguir, ya que su grado de desarrollo era

**Con el 98, Cuba entró de lleno y sin interferencias en el proceso modernizador dependiente que la condujo a ser una pieza de importancia en la estrategia geopolítica de los Estados Unidos y en un mercado nada desdeñable para su comercio y el movimiento de sus capitales. Por eso, para los intereses dominantes en ese país, Cuba había de ser integrada a la modernidad a la «norteamericana».**

consecuencia de su propia historia y condiciones particulares, y se basaba en una metalificación espiritual que traicionaba sus propios orígenes republicanos. Al mismo tiempo, sin embargo, América Latina y Cuba debían asumir del mundo, y de los Estados Unidos en particular, cuanto aportase la modernidad en beneficio del hombre. Ciencia y tecnología, organización empresarial, sistemas de enseñanza y ejercicio del sufragio como base de la democracia política, son quizás algunos de los elementos más importantes.

Se trataba, pues, de asumir la modernidad en acelerado avance durante aquel fin de siglo, desde y en función de los problemas peculiares de América Latina en general y de Cuba en particular. Si hubo un modelo en el proyecto martiano, este se hallaba en el conocimiento de la propia historia y los problemas continentales, con el ánimo de resolverlos en beneficio de las clases populares y trabajadoras en sentido amplio, y no de las oligarquías. Era un proyecto para las mayorías y no para minorías hegemónicas y dominadoras. De ahí su sentido liberador.

Por tanto, ya en las postrimerías del siglo XIX el proyecto de liberación nacional no puede ser identificado simplemente con el ideal de la independencia política. Este, por supuesto, es componente esencial y herencia de necesaria integración dentro del proyecto liberador, ya que —a todas luces— no era viable entonces el desarrollo del país con la permanencia del colonialismo. Pero es obvio que la postura de la nación ante la modernidad es más compleja y abarcadora que la independencia, pues, como demostró la propia historia, se podía establecer el proyecto dependiente en nombre y con la práctica de la independencia: el modelo neocolonial implantado en Cuba en 1902 fue un sistema dominador tan moderno que no requería de una relación colonial tradicional.

Por otro lado, no puedo detenerme ahora en la extensión del proyecto liberador por la conciencia de su época. Está claro que fue Martí su lúcido creador y expositor sistemático, y que su muerte en combate fue un rudo golpe para su prevalencia dentro de los luchadores por la causa de la independencia. Pero al

margen de que pueda precisarse con mayor exactitud el grado de conocimiento alcanzado por sus ideas en Cuba y entre los emigrados, y de que en consecuencia salgan a la luz otros difusores y expositores de semejante proyecto, no puede desdeñarse en el análisis —como un indicador muy relevante—, el altísimo grado de convocatoria obtenido por Martí para organizar la guerra bajo las líneas fundamentales de su proyecto, al igual que el evidente rechazo manifestado hacia él por sus enemigos ideológicos.

### Proyectos para un tiempo histórico

La viabilidad de ambos proyectos es asunto que también escapa a estas notas. solo quiero apuntar que el análisis desde ese ángulo es válido, siempre y cuando no se quede simplemente en referir lo que sucedió. Los hombres, los grupos y clases sociales, y las generaciones cubanas de aquel fin de siglo tuvieron ante sí el magno problema de recomponer la sociedad plantadora que se hallaba agotada. Tenían que hacerlo en un país relativamente pequeño con un fuerte sentido nacional desarrollado durante diez años de guerra, que impulsaron el fin definitivo de la esclavitud; dominado por una metrópoli con serias limitaciones en su desarrollo capitalista, y en una coyuntura mundial en que era tangible la lucha entre las grandes potencias por el reparto económico y territorial del mundo, en medio de una readecuación de las funciones y características del mercado mundial.

Y asumieron las opciones que su tiempo histórico les ofreció, mediadas por la historia particular de la Isla, las características de esa sociedad, su cultura y los diversos intereses presentes en ella.

Para todos, sin dudas, se trataba de impulsar a Cuba por los nuevos derroteros de la modernidad capitalista, y probablemente en todos primaban las buenas intenciones y los buenos deseos de hacer avanzar a su país; solo que para los creadores e impulsores del proyecto dependiente, el país se definía a partir de la minoría propietaria que representaban y cuyos intereses, sin embargo, exponían como comunes a todos los

cubanos. El proyecto dependiente era, sin dudas, viable para la burguesía cubana, tanto como el proyecto liberador resultaba viable para los intereses de las grandes mayorías y por consiguiente de la nación. Para el primero se trataba de abonar un desarrollo capitalista subordinado a las necesidades y características del exterior, sustancialmente de los Estados Unidos; para el segundo, el objetivo esencial era propiciar un capitalismo nacional, independiente y equilibrado socialmente.

La viabilidad de ambos proyectos radica, pues, en que fueron respuestas a las grandes opciones que entonces se manifestaban para la nación.

## Modernización y dependencia

La entrada de los Estados Unidos en la guerra de Cuba fue vista desde Europa en general —no solo desde España— como la puesta en marcha del expansionismo de aquella nación hacia sus vecinos del sur. Así también fue entendido por algunos gobiernos latinoamericanos. Sin embargo, para buena parte de los cubanos esa era la manera de acelerar la salida de la metrópoli, aunque la firma del Tratado de París —que excluyó la representación cubana—, el período de la intervención militar y muchos de sus actos, y sobre todo la imposición de la Enmienda Platt, hicieron a muchos pasar de la suspicacia a la desconfianza y al rechazo.

Pero el hecho cierto es que se implantó el modelo dependiente, el cual provocó hondos desequilibrios, sin resolver los arrastrados desde la colonia, por lo que se fue creando un mayoritario sentido de insatisfacción y frustración según se patentizaba la nueva dominación neocolonial.

El modelo dependiente se puso en práctica por la combinación de dos grandes grupos de intereses: los de aquellos sectores que dentro de Cuba lo habían

elaborado desde los años 80, y los que desde los Estados Unidos encontraban muy favorable ese tipo de relación con la Isla. No obstante, para los sectores internos beneficiarios, su implantación fue deseada y se vio prestigiada por asociarse con lo venido del vecino del Norte como modelo, cuyos aspectos fundamentales —mercaderías, sistema republicano democrático, calidad de vida y organización empresarial— eran considerados superiores a los de España y, más de uno, también superiores a los europeos en su conjunto.

Con el 98, Cuba entró de lleno y sin interferencias en el proceso modernizador dependiente que la condujo a ser una pieza de importancia en la estrategia geopolítica de los Estados Unidos y en un mercado nada desdeñable para su comercio y el movimiento de sus capitales. Por eso, para los intereses dominantes en ese país, Cuba había de ser integrada a la modernidad a la «norteamericana». Y de ahí arrancan las tirantezas y tensiones, en más de una ocasión, con los sectores cubanos impulsores desde antes y beneficiarios después de 1902 de la implementación del modelo dependiente, pero quienes se vieron siempre limitados en su accionar, por su aceptación e inserción dentro del modelo.

Al mismo tiempo, sin embargo, el país vecino fue el modelo inalcanzable, ya que al servirse de la modernización de la Isla en función suya, esta no podía manifestarse impulsora de un desarrollo propio.

Así, en pocos años, nuevamente se plantearía la necesidad de un proyecto alternativo que permitiese al país incorporar la modernidad para sí. Y entonces, como es sabido, el proyecto martiano sería reasumido consciente y progresivamente desde la tercera década del presente siglo, para continuar ofreciendo puntos de partida hasta los proyectos de nuestro presente.